

La presente generación casi llega al fin de la jornada, con el descaecimiento y la fatiga del viajero que ha recorrido largo, difícil y sangriento camino; pero al volver la vista, encuentra muy cerca á la generación que ha de sucederle, y la contempla con el afán y la ternura con que el padre moribundo contempla al hijo heredero de su nombre, de su fortuna y de su honra. A vosotros toca resolver si esa generación que se anuncia como la alborada del más hermoso día, ha de ser una generación ignorante ociosa y débil, que dilapide el glorioso legado de sus mayores, ó si ha de ser una generación inteligente, ilustrada, viril con hábitos arraigados de trabajo, con instinto práctico de progreso; una generación que educada en el culto de la ciencia y en el amor á la patria y á la libertad, haga de México una de las naciones más grandes y felices de la tierra.



## DISCURSO

pronunciado

en el acto de la inauguración del monumento elevado

### A CRISTOBAL COLÓN

en la plazuela de Buenavista, de esta capital, el 12 de Octubre de 1892.



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

**R**ESUNTUOSO sería de mi parte dirigiros la palabra en la augusta solemnidad que presenciarnos, si á ello no me obligara el sentimiento del deber, superior á cualquier otro sentimiento que pudiera arredrar mi ánimo, que aunque pecara de apocado, siempre encontraría poderoso aliento para levantarse, en la misma grandeza del acontecimiento que se conmemora.

Hay hechos que se imponen á la admiración universal: á ese linaje pertenece el del descubrimiento del Nuevo Continente, cuya trascendencia fué tal, que hoy, después de cuatro centurias, lo celebra el mundo ilustrado con el entusiasmo y alborozo

con que lo celebró al regresar triunfantes los descubridores á las costas de la Península Ibérica.

Allá en los comienzos de la civilización, cuando el hombre primitivo, aguijoneado por la necesidad, empezaba á conocer y utilizar las fuerzas de la naturaleza, la vista de un tronco de árbol flotando sobre las olas agitadas aún por deshecha y reciente tempestad, inspiró la primera idea de la navegación: los que la concibieron, encerrados en el círculo estrecho de su experiencia, no pudieron ni sospechar siquiera cuánto había de influir la navegación en los destinos del mundo, en las conquistas sorprendentes del espíritu humano. Y sin embargo, los juncos de los chinos y las piraguas de los esquimales, como los birremes y trirremes de Corinto y de Cartago, fueron los ascendientes de las carabelas de Colón.

Obedeciendo á la ley del movimiento y de la renovación, el hombre se propuso adquirir el dominio de los mares, y fué mejorando, al efecto, las condiciones de las naves y aumentando su número, hasta llegar en el transecurso del tiempo y con los avances de la ciencia y del arte, á tener formi-

dables escuadras que ostentaban el poderío de la nación á que pertenecían.

Distinguiéronse, los primeros, en aquel período histórico, los fenicios, pueblo activo y emprendedor, que fundó colonias y estableció el comercio, que niveló el cambio con la moneda, y con la escritura perpetuó el pensamiento: los fenicios llevaron su civilización á todos los lugares del mundo conocido, y fueron ellos los que, al poner los cimientos de la antigua Gades, instituyeron á los españoles herederos de su audacia, de su pujanza y de su gloria.

No se mostraron indignos de sus antepasados los que en todas las vicisitudes de su historia supieron combatir esforzadamente, en mar y en tierra, con próspera ó adversa fortuna, por su patria, por su religión y por su rey. Pudo la traición, en forma de castigo y de venganza, hundir la monarquía goda en las aguas del Guadalete; pero de allí surgió la nacionalidad personificada en D. Pelayo, para reconquistar palmo á palmo el territorio de la patria; y de allí se salvaron también elementos dispersos, que combinados después, facilitaron á los catalanes el arduo trabajo de restablecer la

marina y dar nuevo y vigoroso impulso á la navegación.

Vientos propicios hincharon desde entonces las velas de aquellas naves á las que tanto reservaba el porvenir; aquellas naves que vencieron y apresaron la flota de Rey de Francia Felipe el Atrevido, victoria que inspiró á Roger de Lauria su arrogante contestación al Conde de Foix, que le proponía treguas: *Sabed que sin licencia de mi Rey no ha de atreverse á andar por el mar flota ni nave: ¡qué digo nave! los mismos peces si quieren levantar la cabeza sobre las aguas han de mostrar las armas de Aragón en un escudo, ó los castigaré como rebeldes á mi amo y señor.* Por hiperbólicas que sean, como lo son en efecto, las palabras del afortunado almirante, revelan, sin duda, el carácter indómito y altivo del pueblo á que servía; y no parecen del todo jactanciosas, si se recuerda que Eduardo III, de Inglaterra, impresionado tal vez por la batalla naval de la Rochela, manifestó en alguna ocasión, el fundado temor de que los españoles intentaban alzarse con el dominio de los mares.

Un período de decadencia vino en segui-

da á disipar esos temores, que no tardaron en renacer ante el auge á que llegó la marina española, cuando á impulsos del amor y de la política, se celebró la doble unión de Fernando V é Isabel I y de los reinos de Castilla y de Aragón.

Perdonad, señores, que me haya atrevido á espigar con torpe mano en el campo de la historia, que necesario era entresacar uno ú otro antecedente para prepararme á tratar del descubrimiento, que si el más grande y extraordinario, no fué el único servicio que la navegación había prestado á la humanidad; como la gloria de haberlo realizado no era tampoco la única de que podía envanecerse la marina española, aunque ella haya eclipsado á todos las demás.

Para juzgar con recto criterio a Cristóbal Colón, para poder medir los tamaños de su obra, hay que remontarse al último tercio del siglo décimoquinto, hay que colocarse en el medio social en que vivía.

Cansado é inútil fuera seguir al descubridor desde su nacimiento, al que por cierto no precedió ningún augurio de los que vulgar superstición ha solido rodear la cuna de varones ilustres; ni desde su in-

fancia y juventud, en las que nada hubo de maravilloso: bastará seguirlo á grandes pasos, para no fatigar vuestra atención, desde que hombre maduro y pensador profundo, ofreció primero á su país nativo, después á Portugal, centro de los descubrimientos marítimos, y por último á Castilla y Aragón, el proyecto que había concebido, fruto de largas meditaciones, frecuentes consultas y prolongadas vigili-  
as. Rechazado en Génova, víctima de inesperada repulsa y punible superchería en el suelo hospitalario en que había encontrado trabajo y hogar, Colón penetró en España, con ánimo abatido, por las puertas del célebre convento de la Rábida.

Nuevas contrariedades habían de apurarle durante su larga permanencia en la Corte de Fernando é Isabel, empeñados á la sazón en reñida y patriótica lucha; pero todas impotentes para vencer la constancia y amenguar el carácter del inspirado genovés, que sostuvo sus convicciones con lucidez y brillo en las juntas de Córdoba y Salamanca. Superior al nivel intelectual de la época el proyecto de ir al Oriente por Occidente, á pesar de que descansaba en

*fundamentos naturales, autoridades de escritores é indicios de navegantes*, fué considerado irrealizable, y duramente combatido con textos de la Escritura y opiniones de los Santos Padres, argumentos entonces irrefutables, que cortando la discusión se hubieran sobrepuesto á la verdad, sin la admirable persistencia de Colón y de sus pocos y entusiastas amigos, y sobre todo, sin la actitud noble y resuelta de la excelsa Reina, que removiendo todos los obstáculos y aceptando todas las condiciones, con sublime rasgo de abnegación, y más por celo religioso que por ambición mundana, hizo suyo el proyecto, poniéndolo bajo el amparo de los inmarcesibles laureles que acababa de conquistar.

En las múltiples manifestaciones del progreso, fácil es hallar contrastes parecidos al que se nota fijándose en que la ejecución del proyecto de Colón fué confiado á tres frágiles embarcaciones arrancadas casi por fuerza, con el carácter de pena, á los vecinos del puerto de Palos, ó generosamente proporcionados, según posteriores investigaciones, por el intrépido marino que más había de ilustrar su nombre en la

fabulosa expedición, tripuladas las tres embarcaciones con un puñado de hombres poco temerosos del peligro y de la muerte. He aquí los pequeños medios con que á tan altos fines se aspiraba; y es de extrañar que la débil flota no haya naufragado, al venir, por el peso de la empresa que traía; al regresar, por el de la fortuna y la gloria que llevaba.

El almirante veló sus armas, como los caballeros de la edad media, en la iglesia del Monasterio que nunca le negó benéfica sombra y solícita ayuda; empuñó la bandera de Castilla, y acaudillando á su gente, imbuido en las ideas de Tolomeo que aun privaban, se lanzó al Océano con menos elementos científicos que materiales, en busca de un camino para las Indias, muy ajeno de que un nuevo continente le esperaba. Y el Nuevo Continente estaba allí, rico, exuberante, lujurioso, como en vísperas de desposarse con la civilización moderna. Colón no le vió, y la muerte cruel é injusta había de cerrar sus ojos antes de que le viera.

No obstante, el problema estaba ya resuelto, la ruta trazada, explorado el cami-

no. Se había atravesado el Mar Rojo, y los navegantes y los conquistadores divisaron, como Moisés, la tierra prometida. Este es el título indiscutible que Colón tiene á la inmortalidad.

En vano registra el sabio las bibliotecas y escudriña los archivos el erudito para aquilatar la empresa de Colón y aducir pruebas inconducentes y extemporáneas contra un hecho ejecutoriado y reconocido en el largo transecurso de cuatro siglos. La noción que los pueblos del antiguo mundo hayan tenido de la existencia de otro continente se borró de la memoria de los hombres, como se borró la poética profecía de Séneca; y las expediciones de los chinos, de los cartagineses y de los escandinavos no dejaron huella alguna; que á haberla dejado, no causara sorpresa á los marinos de Portugal y de España el pensamiento de Colón, y éste no hubiera sostenido que las tierras descubiertas eran las de Ophir y las minas que exploraba las que habían prodigado el oro para el templo de Salomón.

Ni por la sucesión de las ideas, ni por el encadenamiento de los hechos, puede asegurarse que el descubrimiento fué un re-

sultado científico y experimental, porque la ciencia lo había negado, la tradición se había perdido, y sólo queda la casualidad como único factor de esa epopeya; pero la casualidad se llama en este caso Cristóbal Colón!

No ha sido extraña la casualidad á los adelantos de la ciencia, á lo menos como causa inicial, llamando la atención de los pensadores sobre accidentes que, aunque parecían vulgares, encerraban útiles enseñanzas en el estudio de la naturaleza, objeto perenne de observación, fuerte inagotable que satisface la sed de la necesidad y del placer. En las oscilaciones de una lámpara sorprendió el verdadero fundador del método experimental la ley del isocronismo del péndulo, precursora de las del movimiento, y la caída de una manzana reveló á Newton la ley de la gravitación universal. La ciencia no es propiamente creadora: observa, asimila, experimenta y utiliza; y así ha ido formando su caudal que, en la liquidación de fin de siglo, arrojará un saldo inapreciable á favor de la cultura humana.

Los esfuerzos que en nombre de la his-

toria y de la ciencia se han intentado y se intentan para desvirtuar la gloria de Colón, se estrellarán contra el nuevo Continente que la pregona y enaltece. Y no es sólo para el descubridor este áureo y espléndido pedestal, lo es para la Reina magnánima, honra y lustre de su sexo, que con la misma mano con que arrojó sus joyas en la balanza en que se pesaban los destinos del mundo, puso en libertad á los indios que Colón, pagando tributo á las debilidades de su siglo, pretendiera vender en Sevilla. Las cadenas se hicieron pedazos al salir de los labios de Isabel la noble exclamación que aún resuena armoniosa en nuestro oído: *¿Quién es Don Cristóbal Colón para disponer de mis súbditos? ¡Los indios son tan libres como los españoles!*

El descubrimiento integró el planeta física y moralmente: el hombre reconoció al hombre; y los monumentos de las razas aborígenes denunciaron el paso por este continente de las civilizaciones asiria y griega, egipcia y romana.

La América abrió su seno para que lo fecundaran todos los pueblos de la tierra; y en pos de los españoles vinieron los por-

tugueses, y los franceses, y los ingleses, y los holandeses: el antiguo mundo se dió cita en esta tierra en donde habían de florecer las ciencias y las artes, en donde se habían de hablar todas las lenguas, profesar todas las religiones, ejercer todos los derechos, cosechar todos los frutos, amparar todas las manifestaciones de la industria y del trabajo humano. Nueva é incomprendible Babel, donde los hombres, en vez de dividirse, se unen por el lazo común de la conveniencia y del interés para sostener la lucha por la vida, la América descubierta por el catolicismo más intolerante, ha sido la tierra de promisión para los perseguidos de la intolerancia y la tiranía, y con los atractivos de la libertad y del medro, ha establecido esa corriente de inmigración que día á día aumentan y vigorizan sus elementos de prosperidad y engrandecimiento.

Ante este espectáculo que el mundo no admiraría quizás sin el descubrimiento de Colón, pequeño fuera romper la armonía del conjunto y seguir á cada una de las nacionalidades del nuevo Continente en su evolución histórica. Todas ellas, al reco-

brar su autonomía y entrar en la vida de la libertad y del progreso, han arrancado de sus anales, con tierna y filial emoción, el largo y doloroso capítulo de los cargos y de las recriminaciones; han olvidado sus quejas y depuesto sus odios, para desbordarse en sentimientos sinceros de concordia y amor y confundirse en fraternal abrazo con sus progenitores.

México, la primera por su posición geográfica de las naciones hispano-americanas, en las que se conserva limpia y fija el habla majestuosa de los descubridores; México, que al proclamar su independencia, á semejanza de la Reina Católica proclamó la libertad del hombre aboliendo la esclavitud; México se ha asociado á todos los pueblos del mundo para conmemorar, aquende y allende los mares, el cuarto centenario del descubrimiento de América.

La Junta Colombina, interpretando el deseo del pueblo mexicano y de su Gobierno, acordó perpetuar esta fecha erigiendo el modesto monumento que vais á contemplar. Hace cuarenta y seis años que D. Manuel Vilar vino de España á esta capital como profesor de escultura en la antigua

Academia de San Carlos, y entre las diversas pruebas que dió de su talento, sobresalía como obra maestra, á juicio de los inteligentes, una estatua de Colón. La estatua yacía olvidada en los salones de la Academia; de ahí la ha exhumado el acierto de la Junta, para darle la vida duradera del bronce en la fundición de D. Miguel Noreña, discípulo y sucesor de Vilar, y consagrarla hoy, 12 de Octubre de 1892, á la memoria de Colón y del notable artista que tan felizmente supo identificarse con su inspiración y su genio.

Señor Presidente, para que nada falte á vuestra merecida celebridad, os ha tocado presidir esta fiesta secular, que más que del descubrimiento es la de la comunión de todos los pueblos en sentimientos de justicia y de admiración por el pasado, de nobles aspiraciones y lisonjeras esperanzas para lo porvenir. Descubrid esa estatua que se arropa, como en manto de esplendente gloria, en las banderas de las naciones americanas; dejad que el sol de nuestra patria, que es el mismo á cuyos resplandores se divisó la tierra, bañe con su luz purísima la frente de Colón. No es este pequeño

homenaje de un pueblo agradecido que profesa el culto universal de la civilización, el que merece la hazaña que recordamos. El nuevo continente que se extiende de polo á polo desde el estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos; los volcanes que elevan sus crestas de nieve hasta los cielos; el imponente rugido de dos océanos que aún no han confundido sus aguas por Panamá, pero que en breve se estrecharán la mano por Tehuantepec; el apacible murmullo de los lagos y de los ríos; las variadas especies de la flora y de la fauna; el oro y la plata de las minas; las maravillosas conquistas de la ciencia y el arte; el himno solemne que millones de hombres entonan á la libertad y al trabajo. . . .; Este es el único monumento digno del Descubridor de América!

